

Entrevista I a Nérida Piñón

Casa de América rinde un justo homenaje a la gran dama de la literatura brasileña. Conversamos con ella.

Fuente: Club Literatura

Más allá de los grandes nombres de Jorge Amado o Machado de Assis, los lectores españoles -pero también los latinoamericanos- nos hallamos desconectados de la literatura brasileña. Se esgrimen excusas como la lengua, la distancia y también, echándoles algo la culpa (porque el desconocimiento es mutuo, aunque algo menos aguzado de su parte), se achaca a esa especie de autarquía cultural en que vive ese país-continente con respecto al resto del mundo latinoamericano. Una de las voces que, reconocimientos tan importantes como el Premio Príncipe de Asturias mediante, viene ayudando desde hace ya largo tiempo a paliar esa desconexión, es sin lugar a dudas la novelista Nérida Piñón, que pasó por Madrid para recibir el calor y el afecto de sus lectores y sus colegas en un homenaje organizado por la Casa de América madrileña. Con esa ocasión, conversamos con ella.

¿Primero que nada, usted que ha recibido tantos premios y reconocimientos, cómo se siente ante este homenaje que organiza la Casa de América?

Me siento muy privilegiada, honrada y además muy contenta, siempre pienso que en España y Europa siempre me dan mucho, pero a la vez también siento como si a lo largo de una vida yo me hubiese preparado para recibir la generosidad de la gente. Además también creo que los premios, que son tan importantes en la vida de un escritor porque le ayudan mucho, no me facilitan la escritura. Los premios no escriben libros, al final es siempre uno quien debe sentarse a escribir el libro. Eso sí, es siempre un honor. Respecto a ese haberse preparado para la generosidad de la gente.

Yo creo que es como si la gente quisiera decirme "nos hemos dado cuenta de que has amado y amas mucho la literatura".

García Márquez decía que escribía para que sus amigos lo quisieran más.

Así es, pero yo no, no creo haber escrito pensando en mis amigos o en su cariño. Pero sí, y esto es una confidencia que hago, siempre que me viene un honor o un premio pienso en mis muertos, en mis ancestros. Porque ellos están siempre conmigo, les debo mucho. San Pablo decía que debía todo a los clásicos griegos, yo también debo todo a esos antepasados de nuestra civilización pero además debo mucho a las personas que me amaron siempre. Mis amigos y mis familiares muertos. Mi familia sigue muy presente, es como si yo tuviera padre, madre, abuelos, toda esa gente que pavimentó mi vida, que dio cariño, amor y que realizó un gran sacrificio para que yo tuviera una formación intelectual compatible con mis pretensiones literarias.

¿Esa presencia es una presencia intelectual y sentimental o es usted una persona religiosa?

No, es decir, soy una persona religiosa pero esta presencia de la que te hablo no tiene nada que ve con la religión, yo tengo una relación muy pragmática con la religión. Yo creo que, de verdad, que el ser humano puede llegar a una ética espiritual sin dios. Creo que uno puede tener una conciencia viva y una ética refinada de la condición humana a través de la experiencia laica. Pero volviendo a lo que me preguntabas, no, mi reverencia a los muertos pasa por el amor, por la gratitud y por entender que somos sucesores de los que nos precedieron. Somos sucesores no solamente de aquellos con quienes tenemos vínculos sanguíneos, somos sucesores de toda la civilizaciones, es por eso que soy una gran entusiasta de los mestizajes.

Es curioso como esa conciencia histórica ha vuelto en los recientes a la literatura.

Es verdad, aunque yo he tenido esa conciencia histórica desde niña. Tuve una formación histórica, y sigo teniéndolo. Es impresionante cómo los seres humanos tenemos, además de las herencias genéticas, una herencia cultural enorme, incluso en gestos, pequeños detalles que vienen del pasado. En una de mis novelas, por ejemplo, hay un personaje que ve proyectado en la pared su reflejo, un juego de sombras, y nota un gesto característico, entonces el personaje se pregunta de quién ha heredado ese gesto. Uno está siempre robando los gestos ajenos, de los que están aquí, pero esos que están aquí robaron sus gestos de sus abuelos, entonces nuestros gestos, simbólicamente hablando, se originan en todos los gestos que los hombres han realizado o experimentado a lo largo de la historia. Somos hijos de esa herencia, de esa acumulación de gestos, somos hijos de esas civilizaciones antiguas, a mí me encanta pensar que tengo al menos cinco mil años.

Le leí alguna vez que se proclamó escritora cuando tenía 10 años sin tener demasiada conciencia de lo que eso significaba.

Así es, sin ninguna conciencia. ¿cómo iba a tenerla? ¡era una niña! Pero para mí era muy fácil porque yo leía los libros y me quedaba tan encantada y fascinada con lo que leía que tenía la sensación de que era Simbad que viajaba por el Índico. todo, todo lo que leía en esa época me parecía una maravilla, adoraba esos libros de aventuras, siempre me sentí atraída por las aventuras, soy una aventurera, siempre he creído que la aventura es lo máximo a lo que podemos aspirar en la vida, o a fabular la aventura. Entonces yo creía que el escritor tenía el poder de escribir ese libro porque había vivido lo que contaba en él, yo creía que todo libro era fatalmente una autobiografía. Así que quería escribir un libro porque pensaba que así habría vivido todo lo que contase en él, toda esa aventura. Quería escribir libros para poder vivir las aventuras que luego daban pie a esos libros.

¿Y en qué momento o cómo tomó conciencia de la existencia del autor independiente de las aventuras?

Porque cuando uno es niño, lee sin pensar en que hay alguien que escribe aquello que leemos. Bueno, como te decía antes, desde pequeña yo creía que los libros eran autobiografías de sus autores, que ellos vivían esas aventuras. La idea del libro desvinculado de la existencia, del autor que imagina lo que no ha vivido sí es posterior.

¿Recuerda si hubo un escritor o algún libro en particular que le hiciera caer en la cuenta?

No, creo que no hubo nada específico. No recuerdo qué fue lo que me hizo desvincularme de esa idea falsa de la autoría y pasar a vivir el universo literario de otra forma. Pero fue muy joven, recuerdo por ejemplo que a los 10 u 11 años leí Hamlet. Me acuerdo que luego quise ver la obra, una puesta en escena, y no me querían dejar entrar al teatro, por ser muy pequeña. Pero me puse a llorar en la puerta, y lloré tanto que llamaron al productor, este vio lo que pasaba y dijo: "¿Una niña que llora en la puerta para ver Hamlet? ¡Que entre!". Luego leí Romeo y Julieta, detesté a Romeo, me encantó Julieta. Por esa época empiezan mis grandes lecturas, ya con plena conciencia de que aquello que estaba leyendo no era verdad, pero era verdad porque me convenía, porque me hacía aceptar el mundo de la invención, que es la marca fundacional de la literatura.

Trabajó como periodista, ¿le atraía o fue sólo parte del aprendizaje?

Sí, trabajé como periodista pero muy poco. Duré muy poco tiempo, yo sabía que no iba a ser periodista. Fue una experiencia muy positiva porque yo estaba tan impregnada de literatura que necesitaba ese salir a la calle, hablar con la gente, acercarme a la realidad. Pero fue muy poco tiempo, lo dejé rápido para dedicarme en exclusiva a la literatura. Eso sí, soy una lectora violenta de periódicos, me encantan los periódicos, es una de las pasiones de mi vida, leer la prensa. Esta mañana me he levantado a las 6 a leer Le Monde. Me encanta la prensa.